

El nacimiento de Narciso

Alberto Paredes

Para la gente alrededor del filólogo Antonio Alatorre (1922-2010), amigos, discípulos, colegas, rivales, la existencia de su novela corta era una leyenda; siempre inédita y nunca destruida por el autor, lo que equivale a un permiso *de facto* de publicación *post-mortem*. Una palabra sobre la edición; bello formato menor (in 8°) con buen espaciado para que ocupe casi cien páginas. La editorial, sobre todo tratándose del FCE, y la autora de la nota preliminar pudieron haber hecho un poco de trabajo en favor de los lectores. Sin tratarse de una edición crítica, al menos informar a qué periodos pueden atribuirse los dos originales divergentes de que hablan, así como algunos detalles ejemplificadores sobre la diferencia en evolución y, quizá, tono. Los herederos, por su lado, decidieron meter un párrafo de salida; no entiendo la necesidad. El relato es claro por sí mismo y se le abandona en un momento en que hay ya suficiente lógica y desarrollo. No es la primera vez que un texto queda inconcluso en algún pasaje... pues el original ha llegado a un estado muy definido.

¿Qué pasa si uno no ama al autor y empieza a leer *La migraña*? Es una “novela de aprendizaje” sobre un joven seminarista mexicano quien, deducimos, “colgará los hábitos” cuando concluya que las zozobras y caos fuera de su colegio son la invitación de la vida, empezando por el descubrimiento primordial: su propio cuerpo.

En particular el arranque me parece defectuoso o limitado. Es la escena ya demasiado leída del escritor que titubea en iniciar su relato. “Grafografía” tipo *nouveau roman* a la mexicana en el estilo de García Ponce y Elizondo. Es decir, arranque envejecido. La novela avanzará sin cambiar de estrategia, que es basarse en una serie bre-

ve de episodios a los que se regresa constantemente desde dos puntos de referencia, el presente de su escritura y el tiempo crucial de la crisis juvenil. Pero conforme el relato toma su camino las cosas suben de nivel y la culminación (digamos de la página 76 hasta el final) es francamente intensa y lograda.

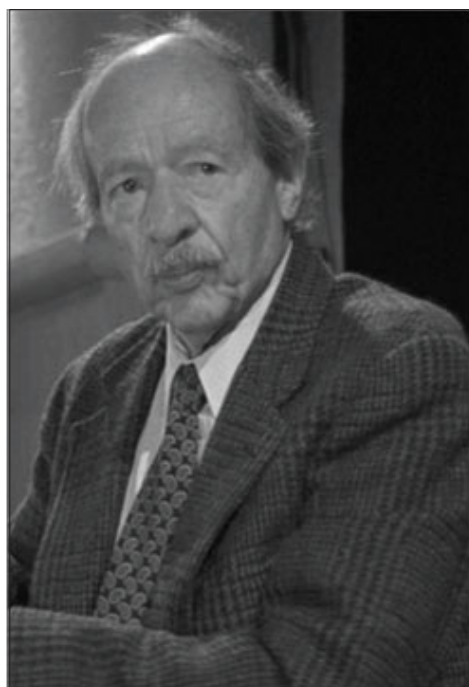
El protagonista: inevitablemente lo asociamos con el autor. Tienen demasiados datos en común (edad, provenir de Autlán, ex seminarista, profesor y editor académico en “el Colegio”, escribir en su Olivetti) y esto, visto con frialdad, es el otro juicio negativo que merece el relato: con tanta afinidad, en una novela en clave transparente, “Guillermo” cobra poca autonomía, como esas máscaras de carnaval que se sostienen con un palito y llevan la atención al rostro que de hecho no ocultan; en efecto, “Guillermo” no logra ser persona por sí mismo. Más astuto habría sido bautizar al protagonista... “Antonio”; el efecto habría sido el contrario: “‘Antonio’ no me engaña, pues es y no es Alatorre” —habríamos dicho los lectores—. Quizás el autor mismo, si se hubiera ido por ahí, habría podido complicar el juego de proyección biográfica con la incertidumbre de espejos tan sutiles que los dos sujetos habrían adquirido la consistencia de capas de cebolla o de hojas de papel copia (aquel de antes de las fotocopadoras).

Alatorre no era un novelista, pero tenía sangre de narrador, como el mismo relato sugiere. Y bien que era un memorialista. Uno que se interesaba tanto en “el episodio” antiguo como en la experiencia de que, en un presente que es su corolario, aflore inesperada o intencionadamente para decirle algo importante sobre sí mismo. La “migraña”: es la señal clave, su emblema.

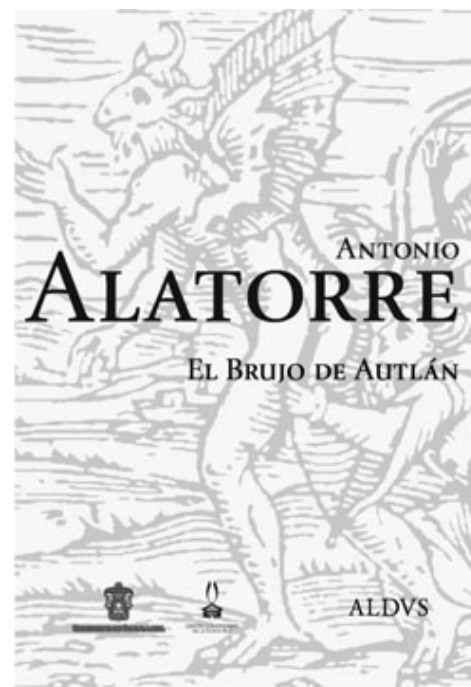
Indica un extravío murmurado. Funciona como bisagra de la puerta que a veces separa y a veces comunica ambas épocas vitales. *Fascinación* de lo que debe estallar a flor de piel y trastornar el silencio del seminarista. Fascinación del padecimiento con su energía psicosomática. Es lo que escinde al personaje de sí mismo, volviéndolo íntimamente extraño. A causa de ella, por fuera, los episodios se corresponden y diferencian entre sí ambiguamente. Esto está muy bien logrado; es la creación de una atmósfera peculiar conforme las descripciones avanzan.

El autor introduce en “Guillermo” la afición filológica. Todo tiene un nombre, cada árbol del jardín de los religiosos y del suyo en la edad adulta, todo queda expresado con matices verbales y placer por lo coloquial de vieja provincia. Todo, incluyendo las fases de la pubertad y las poluciones nocturnas involuntarias pero deseadas... todo, justamente, menos “eso”. Un algo, un impulso que no se conforma con no decir su nombre y esa es la historia que estamos leyendo: la de nombrar “aquello” que subyace en el fondo de los impulsos de “Guillermo”.

El estilo de Alatorre, seductor y fluido, es mucho más sobrio y “clásico”, digamos que cauteloso, que el del mayor psicosomático de la literatura mexicana: Juan Vicente Melo en *La obediencia nocturna* —el cual apuesta todo, excesivamente, porque su prosa tenga el frenesí de su torbellino—. Alatorre dice, y muy bien, lo suyo. “La migraña (el recuerdo de la migraña)” sigue despegando sus significados aquí, en el jardín de mi casa, a través de la amiba de cristal, medusa transparente que me tiene inmovilizado el cuerpo y desgredada la fantasía”.



Antonio Alatorre



Lirismo de las letrinas. Rimbaud, por supuesto, Bandeira; pero también Rulfo, el amigo de Alatorre, con el niño Pedro Páramo evocando a Susana San Juan. Escatología: lo oculto que florece y es bocanada de liberación. Desde esas letrinas o fosas sépticas, esos jovencitos tiemblan en el filo de la pubertad y deciden su vida. Un *extravío*, en el código del seminario que “Guillermo” está por abandonar. Pienso en el joven médico Juan Vicente Melo, sacando beca y permiso paterno para venir a París a estudiar enfermedades tropicales infecciosas pero de hecho para descubrir su vida, dejándose fascinar por la cobra maligna que era Céline dictando sus conferencias... Ese joven médico tanto como “Guillermo” o Antonio estaba listo para “dar el paso” y salir de la letrina a la luz abierta. Risa sarcástica entre dientes.

Pues el lirismo lleva a la epifanía de las letrinas. La belleza de *La migraña* es que se trata de un nacimiento a la vida. La leyenda aseguraba que Alatorre contaba aquí su traumático descubrimiento y aceptación de la condición homosexual. Descubrimiento prefigurado en la pubertad, acallado a lo largo de su primera edad adulta mediante el matrimonio y los hijos procreados así como la intachable probidad en el ejercicio universitario, y que finalmente explotó para que terminara de perfilarse la figura de An-

tonio Alatorre que por tantos años conocimos, aquel que vivió con su joven pareja hasta el fin de su vida. Y si nos atenemos a lo que el breve relato pone en palabras, lo que se cuenta es una especie de *Sacre du printemps* privado: “Por último, me desnudo de la camisa y la camiseta”, libre de todas sus vestiduras, empezando por la sotana en el piso del excusado, “de pronto tengo la impresión de que estoy vestido, de que no veo una desnudez, sino un traje, un disfraz. ¡Es tan extraño lo que estoy viendo!”. *Se ve*, “Guillermo” al fin, por la primera vez en su vida, llega a su primavera y se descubre... “Con la cabeza inclinada veo ese sexo que lanza la punta en dirección de mi cara, y al mismo tiempo siento cómo, desde las plantas de los pies, me sube, hiedra delicadísima, la frescura del excusado. La frescura me invade las piernas, los muslos, y sube; la bolsa que cuelga entre las piernas se encoge un poco, con leve escalofrío”. “Y el sexo ahí en el centro, hinchado y erguido”. Es el nacimiento de Narciso.

Como tantos otros, he leído finalmente, al cabo de tantos años de rumores, la novelita de Antonio. Es el estallido del verano, como pubertad, en “Guillermo”. Tomo mis tragos en la terraza de un bar golpeada por vientos fuertes y refrescantes, como casi

siempre en esta orilla de la ciudad, al lado del río. Leo la novela de una sola sentada —lo cual es el mejor comentario a las virtudes de *La migraña* más allá de quién la escribió y cuándo y por qué—. Frente a mí, el largo muro oval cuadriculado en blanco, seductor, siempre manchado y descuidado, de la *Maison de Radio France*. El desordenado bullicio del mundo que finalmente corrompió a “Guillermo” me vapulea por todos lados. Y sin embargo se está bien. En la mesita de al lado, con la sencillez de la vida, una joven pareja *gay* (¿30 años?); se miran, ríen y platican con discreta coquetería. “Mira, Antonio”, digo mentalmente cuando, a veces, se yerguen un poco (parando el rabito) y se dan un beso. Nada más. *La migraña* cumplió su objetivo como trance, llevó a Antonio al otro lado de la pubertad. Alatorre se volvió Alatorre; “Guillermo” fue su mejor vacuna o placebo —aunque de muy tardío efecto— contra aquellos jaquecones. Y los lectores, qué importa si treinta años antes o después, podemos leer el manojo de páginas muy bien escritas, que fluyen plenas de sutileza y honestidad, de *La migraña*.

Me pregunto por qué nunca platicaron morosamente (recuerdo habérselo preguntado a ambos), *dry martini* en mano, Juan Vicente y Antonio. Diferentes como eran, tenían tanto que compartirse. **u**

Antonio Alatorre, *La migraña*, FCE, México, 2012, 93 pp.